

2021

OBITUARIO DE JOAQUÍN MARCO (Barcelona, 1935-2020)

Julio Ortega

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Ortega, Julio (April 2021) "OBITUARIO DE JOAQUÍN MARCO (Barcelona, 1935-2020)," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 93, Article 20.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss93/20>

This Notas is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

JOAQUÍN MARCO (1935-2020)

IN MEMORIAM

Julio Ortega
Brown University, USA

Llegué a Barcelona en mayo de 1971, después de dos años de profesor y lector visitante en Estados Unidos, y mientras nos instalábamos en un piso de la calle Londres, guiados por Carmen Balcells, busqué a Joaquín Marco en la editorial Salvat y, efusivamente, me dijo que me estaba esperando. Habíamos cambiado un par de cartas pero ya él me había encontrado en la revista *Mundo Nuevo* y yo lo seguía en *Insula*. Como quien declara su identidad, me obsequió los poemarios de Cernuda, Gil de Biedma y Angel González, que él había editado en Ocnos, la espléndida editorial independiente en la que dio a conocer la poesía latinoamericana contemporánea. Pronto, Joaquín me hizo uno de los editores de la Enciclopedia Literaria Salvat, un proyecto demorado que no llegó a publicarse. Esa mítica enciclopedia había sido iniciada por Gabriel Ferrater, uno de los mayores poetas catalanes, a quien vi una sola vez y no olvido; más que delgado, aguileño y demacrado, seguramente por el abuso del alcohol, convertido en un agonista, suicida a poco, y emblema trágico de esa época negra de la vida española. Joaquín provenía de la zona de artesanos de la ciudad, y desde joven fue miembro del partido comunista. Fue preso político por lo menos un año, y compartió la celda con otro preso ilustre, Luis Goytisolo.

Pronto Joaquín me encargó dos antologías, de paciente hechura. Una con las mejores páginas del Inca Garcilaso de la Vega, la otra con las mejores crónicas de José Martí. Como estaba yo de planta en la editorial, lo tomé con calma y en la antigua Biblioteca de Cataluña, me demoraba en publicaciones recónditas y marginales. Para la muestra de Martí, en cambio, decidí instalarme en el consulado cubano de Barcelona, que tenía la última edición de sus obras completas, me distraje y terminé leyendo los 20 tomos, arrebatado y fascinado. Entendí que todos tenemos algo

de Martí, y es la memoria virgiliana de nuestra América.

Joaquín era disciplinado, formal, veraz, y tenía la rara integridad de los agentes culturales cuya agencia es la construcción del diálogo. Me visitó una vez en Austin, y varios años después, en Providence. Años de por medio, estaba yo visitando el museo Guggenheim de Nueva York, cuando me doy de bruces con Joaquín. Asombrados de la coincidencia, reímos a gusto.

Había publicado su tesis de doctorado en Taurus, sobre los pliegos de cordel, donde había reconocido las voces que lo esperaban como la saga memoriosa de la actualidad.

Cuando Carmen Balcells negoció con Espasa Calpe una nueva edición de *Cien años de soledad* (1982) para su serie Selecciones Austral, Gabo demandó que el prólogo lo escribiese Joaquín Marco. Me he preguntado qué revelaba de Gabo esa demanda, y me he respondido que había visto en la crítica de Joaquín un sabio sentido mundano, capaz de cartografiar una guía de la lectura veraz y verosímil, que hiciera histórica y socialmente creíbles tanto el mundo fantástico como el mundo empírico de la novela para el lector.

Sus crónicas eran factuales, incluso severas, y varias veces entusiastas, sobre todo cuando leía una novela latinoamericana. Cotejábamos nuestras lecturas, y me di cuenta de que nuestra amistad era de fe mutua, nos debíamos la lectura del otro. De modo que nuestro diálogo (libre de quejas y de chismes) era impecablemente literario, y sólo nos distraían, no demasiado, los desastres de la política y las miserias de la Universidad. El sistema de clases, me explicaba él, se sostenía en un subsistema de privilegios incontestables. Para sosegarlos nos íbamos a comer a lugares en la montaña, en la costa, y el ensanche. Joaquín era ducho en los vinos y luego de interrogar al patrón decidía por uno, remoto. No sabíamos, entonces, que su hijo David se dedicaría a la producción vinícola, como lo había hecho mi padre, aunque David preparaba los caldos en bodegas programadas y exportaba sus Priorats a la China. Como la vida se complace en las simetrías, 45 años después, cuando pasé unos días hospedado en su casa, lo llevé a cenar a un buen restaurante peruano y quedó gratamente sorprendido. Dormía poco y mal, y dedicaba el insomnio a ver en la tele viejos partidos de fútbol. Uno de esos días tomamos el aperitivo en una fonda frente a la antigua cárcel de la ciudad, donde estuvo preso. Como todos los hombres que hemos vivido en Barcelona, compartimos una memoria protegida por el lenguaje. La compañía de Anna Caballé, discípula adelantada y de gusto certero, lo mantenía animado y comprometido con la Universidad, de memoria históricamente ingrata. Ella tuvo la iniciativa del homenaje a Joaquín, el único que la Universidad le reconoció y en el cual coincidimos sus amigos. He pasado largos ratos felices con ellos. Su otro discípulo cercano fue Jordi Gracia, brillante y agudo. Cuando en su despacho, años atrás, le sobrevino un ataque cardíaco, Jordi estaba allí y, decía

Joaquín, lo llevó a emergencia y le salvó la vida.

No pude volver a Barcelona para acompañarlo en sus últimos días. Pero hablamos por teléfono hasta antes del desenlace, y lo encontré, como siempre, estoico, peleado con el proceso, severo consigo mismo.